pueri intuitus est. Cuál quedase Felipe á esta vista y cuánto se enterneciese su corazon, mas fácil es considerarlo, que espresarlo; porque si aun los corazones mas duros se conmueven en aquella noche á vista de una mal pulida imágen del Niño Dios, ¿quién puede dudar de la inmensa conmocion que sentiria el tierno pecho de Felipe al ver, no una imágen sino al mismo Dios? Creyó él al principio que sus compañeros participasen tambien de aquella celestial vista, por lo que volviéndose á ellos les dijo con ansias amorosas: «¿Nó veis sobre el altar al Niño Dios?» y contestándole que no, siguió agasajando con dulces afectos al pequeño Niño, considerando que no eran para todos aquellas gracias singulares del cielo.

No menos favorecido fué por el Rey de la gloria en la iglesia de la Minerva, adonde con motivo de tener la oracion de las Cuarenta horas aquellos santos religiosos para implorar el auxilio divino en un negocio importante que debia tratarse delante del Papa; asistió Felipe invitado por ellos para que con sus oraciones añadiese vehemencia á sus ruegos. Fué, pues, acompañado de Tarugi y de

algunos otros, y poniéndose á orar en un punto retirado de la iglesia, mientras en su fervor encomendaba á Dios el negocio, elevado en dulcísimo éstasis quedó con el cuerpo inmóvil, los ojos fijos en el divino Sacramento, y el rostro risueño. Pero entre tanto mereció ver en la Hostia á Jesucristo glorioso, que con su divina mano bendecia á todos los que le adoraban bajo la sagrada especie; como él mismo refirió luego importunado por los religiosos, los cuales viendole inmóvil, y que no respondia á sus repetidas llamadas, y hallándole frio como un mármol, pensaron que estaba acometido de algun accidente. Lleváronle de seguida á una celda, en donde habiendo vuelto en sí despues de algun tiempo, prorrumpió en estas voces: *Victoria, victoria, exaudita est oratio nostra*. Conocieron entonces la causa de su enajenacion, por lo que al punto le suplicaron les esplicase qué victoria era de la que hablaba; y aunque su humildad le detenia, sin embargo hubo de acceder manifestándoles todo lo que habia pasado, y asegurándoles que el negocio habia terminado segun deseaban, y que Jesucristo habia dado

á los asistentes su bendicion desde la sagrada Hostia. Y en efecto, mientras el Santo permaneció estasiado, el Papa pronunció en favor de ellos la sentencia de la causa por cuyo motivo habian espuesto al divino Sacramento.

Estas y otras muchas fueron las ilustraciones y favores celestiales que recibió Felipe en sus oraciones, con los cuales se enfervorizaba mas y mas su espíritu y sentia mayor estímulo para perseverar en tan santo ejercicio; si bien como pronto verémos, hubiera querido mejor servir á Dios entre la aridez y desolacion. Fué además muy inclinado á la oracion vocal, por lo cual á pesar de que en atencion á su edad y achaques le dispensó Gregorio XIV de rezar el oficio, conmutándosele con el rosario ú otra oracion mas breve, jamás usó del privilegio, haciendo que cuando estaba malo lo rezase otro en su presencia. Mientras estuvo bueno le rezó siempre con suma devocion; pero generalmente lo hacia acompañado, para evitar el escesivo fervor que le causaban aquellas divinas palabras, porque de otro modo le hubiera sido difícil el poder concluirle. Estaba él entonces con los ojos cerrados y el rostro

vuelto hácia el cielo, sin hacer ningun movimiento, pero exigia que se tuviese delante el Breviario abierto, estando tan atento que notaba el mas mínimo error, advirtiendo á los otros que en particular las horas se rezasen leyéndolas por el peligro de equivocarse. A mas de esto llevaba casi siempre el rosario en la mano, rezando en honor de la Reina del cielo su especialísima Señora, abogada y madre, no solo su acostumbrada corona, sino algunas otras oraciones compuestas por él, y de las que hablarémos en otro lugar. Al rezar el Padre nuestro era maravilloso el sentimiento que esperimentaba su espíritu, deteniéndose tanto en él que parecia que no podia concluirle. El mismo consuelo sentia al decir el Credo, y solia rezarle particularmente cuando tenia que pasar por el barrio de los judíos. Pero sobre todo inestimable era la dulzura que esperimentaba al pronunciar el santísimo nombre de Jesus, no pareciendo sino que le llenaban de miel ó de azúcar los labios.

A la oracion añadia, segun la costumbre de los Santos, la lectura de los libros sagrados, principalmente las *Vidas* de aquellos, con

cuya lectura decia que mas que con cualquiera otra cosa se inflamaban los corazones en el deseo de abrazar la virtud. Sus libros mas familiares, á mas de las *Vidas* de los Santos recopiladas por Lipomano, eran las *Colaciones* de Juan Casiano, Juan Gerson, las *Obras* de Granada, la *Aljaba del amor divino*, la *Vida* de santa Catalina de Sena, y sobre todo la de S. Juan Columbano; y en cuanto á la divina *Escritura* era inmenso el placer que esperimentaba al leer las *Epístolas* de S. Pablo, á quien habia imitado en el espíritu y trabajos apostólicos, los que leia poco á poco como saboreándose, y cuando se sentia inflamado con aquellas ardientes palabras se detenia á ponderar tranquilamente su sentencia, hasta tanto que cesaba el afecto.

Este gran maestro de oracion y fundador del Instituto del Oratorio, á fin de inclinar á los suyos á la oracion, y por el amor que le tenia quiso que su instituto se titulase del Oratorio, dando sobre este asunto los saludables consejos que vamos á referir. El mejor medio de aprender á hacer oracion decia que era el juzgarse indigno de tenerla, y la verdadera preparacion el ejercicio de la mortificacion, sin la cual era inútil el pretender orar. Exhortaba á todos, y particularmente á los principiantes, á que meditasen los Novísimos, porque, como él decia, corre gran peligro de caer muerto en el infierno quien no ha sabido vivir con la consideracion. Que debia alimentarse el espíritu que Dios concede en la oracion: por lo que si el hombre se siente inclinado á meditar la Pasion, no debe pasar á meditar la resurreccion. Que debia perseverarse en la oracion, aunque no se obtuviese al punto lo que se pretendia de Dios: que si uno no ha pasado con mucho trabajo por los ejercicios de la vida activa, no puede llegar á la contemplativa: y que para prepararse á la sagrada Comunion no era preciso buscar nuevas meditaciones; sino que bastaba ejercitarse en aquellas, cuyo fruto habia esperimentado el espíritu en la oracion. Afirmaba que era señal de haber obtenido ya la gracia, ó estar próximo á obtenerla, cuando la persona sentia cierta tranquilidad de espíritu, y que jamás debia pedirse gracia para nadie sino bajo la condicion de que fuese agradable

á Dios. Animaba á todos para que deseasen hacer grandes cosas por Dios y para que no se contentasen con una mediana bondad, á fin de que se desease al menos lo que no se hacia con las obras. A los que carecian de espíritu les aconsejaba que se pusiesen delante de Dios y de los Santos como un pobre, y que pidiesen la limosna espiritual con la humildad con que los mendigos piden la corporal, y que al efecto acudiesen á varias iglesias; pero no á las que estuviesen llenas de gente. Decia que nunca abandonase el hombre la oracion, aunque le asaltáran en ella fantasmas horribles; pues que sin esta se asemejaba á las bestias, á mas de que no hay cosa que tema mas el demonio que la oracion; y finalmente prometia al humilde y obediente que el Espíritu Santo le enseñaria á orar.

En cuanto á las visiones y éstasis nunca le agradaron en público por ser peligrosísimos; y cuando se hablaba de esto, alegaba inmediamente la doctrina de los Santos de que, generalmente no debe darse crédito á visiones: por lo que advertia á los confesores que no hiciesen el mayor alto en las revelaciones de

los penitentes, principalmente mujeres, porque aunque alguna vez parece que tengan grande espíritu, por lo general se reduce á nada, viniendo á declararse ligereza ó ficcion, lo que parecia santidad, y que muchos por ir en busca de semejantes cosas habian encontrado su ruina. Aconsejaba por tanto á los suyos, y á veces se lo mandaba, que á toda costa las desechasen, sin temer disgustar á Dios por ello; pues que esta es una de las pruebas para hacer distincion entre las verdaderas y las falsas visiones. Infinitas veces en el púlpito habló contra los que creen fácilmente en visiones y éstasis, y una vez afirmó que á cierta mujer de vida ejemplar que las habia tenido, y despues la privó Dios de ellas, la estimó mucho menos en un principio, que cuando dejó de tenerlas; y á una Vírgen de la Orden tercera de santo Domingo, á quien frecuentemente se le aparecia Jesucristo nuestro Señor, y mas aun santa Catalina de Sena, le envió á decir que siempre que viera semejantes imágenes las escupiera en el rostro y las despreciase; con cuya práctica y con el temor que tuvo siempre aquella Vírgen, no

fué pequeño el provecho que sacó para su alma. Con el mismo desprecio hizo conocer claramente á uno de sus primeros hijos espirituales la verdadera y falsa aparicion. Fué este Francisco María, llamado el de Ferrara, á quien una noche se apareció el demonio bajo la figura de la Reina de los Angeles. Refirió él por la mañana esta vision á Felipe, el cual le dijo que aquel era el demonio, y que por lo tanto si volvia le escupiese en el rostro. Volvió á la noche siguiente el Angel malo bajo la misma figura, pero escupiéndole el Ferraris, hizo que desapareciera al punto, lleno de confusion por su derrota. Continuando en la oracion Francisco María se le apareció verdaderamente la Vírgen, y queriendo él repetir el consejo de Felipe le dijo aquella Señora: «Escupe si puedes»; mas él no logró ponerlo por obra resecándosele de repente las fauces. Aprobó sin embargo la Vírgen la obediencia de su siervo, y llenándole de consuelo celestial desapareció.

Esta era precisamente una de las señales por las que, segun él, podia conocerse si era verdadera ó engañosa la vision, pues que la

primera suele causar temor al principio, pero despues deja llena de paz el alma, mientras que la segunda produce el efecto contrario. Decia además, que no debian estimarse las visiones que no eran útiles al que las tenia ó á otros, ó bien á la Iglesia universal. Sospechaba mucho de las de mujeres, porque fácilmente se dejan engañar, como tambien las que se tienen á la hora de la muerte, en particular cuando dán esperanzas de larga vida, pues por lo comun son ilusiones del demonio, con las que procura que muera el hombre sin prepararse, confiando en que no ha de morir entonces. De este modo descubrió á Antonio Fucci el engaño del demonio, que bajo la figura de médico le asistió en una gravísima enfermedad, prometiéndole larga vida; por cuya razon conociendo el enfermo el infernal artificio, se resignó á la voluntad divina, y á pocos dias murió santamente. Pero aun juzgaba peor que se diese crédito á los sueños, aunque fuesen morales; por lo cual reprendió á Matías Maffei, sacerdote, que queria referirle uno que habia tenido, diciéndole «que para ir al cielo era necesario ser

hombre virtuoso, y no creer en sueños». Por otra parte decia que le parecia menos malo el no dar crédito á las visiones verdaderas, que el dársele á las falsas; pues que aun en las verdaderas no deja de haber el peligro de ensoberbecerse, siendo tan difícil el creer que no las merecemos, y dificilísimo el juzgarnos indignos de ellas. Por esto afirmaba, que á quien queria volar sin alas era preciso tirarle de los piés, y arrastrarle á la fuerza por la tierra, para librarle de las redes del demonio: es decir, que á quien se deja ilusionar de las visiones se le debe dirigir por el seguro camino de la mortificacion de las propias pasiones y de la santa humildad.

Antes de dar fin á este capítulo, creo deber referir las gracias y prodigios que hizo por medio de la oracion. Empecemos, pues, por lo que le sucedió con Barsum, arcediano de la iglesia de Alejandría, á quien Gerónimo Vecchietti condujo desde Egipto á Roma. Habiendo aquel enfermado del pecho y sido desahuciado por los médicos, creyó Gerónimo que no le quedaba otro recurso que acudir á las oraciones de Felipe. Fué, pues, á este y ha-

llándole dispuesto para decir misa le encargó muy de veras que rogára por el enfermo Barsum. Prometióselo el Santo, y lo hizo con tal fervor, que no habiendo podido descansar aquel en tres dias seguidos, pudo al fin conciliar un sueño de muchas horas mientras que el Santo celebraba. Luego que concluyó su misa, dijo Felipe: «Barsum no morirá por ahora;» mandando despues que le condujesen á su presencia. Pareció duro al enfermo este precepto, que le notificó Gerónimo, juzgando que no le seria posible ni aun incorporarse en el lecho, pero instándole aquel á que obedeciese, desconfiando de sus fuerzas se levantó al fin y fué en un coche á ver al Santo. Salióle este al encuentro, y abrazándole le besó con gran ternura, teniéndole por largo rato entre sus brazos. Sentia el enfermo que se mejoraba por momentos, cuanto mas dilataba Felipe el soltarle; así que creciendo en él la confianza redobló sus instancias para que siguiera el Santo haciendo oracion por él, porque sin duda no sabia Dios negarle nada. Prometióselo Felipe, y en seguida le mandó con Gerónimo al cardenal Federico Borromeo,

delante del cual, dijo de pronto Barsum: «Gerónimo, ya me encuentro bueno»; y en efecto, de allí á pocos dias se restableció de tal modo que parecia enteramente otro; por lo que muchos le decian en broma: «Tú no eres Barsum, sino otro parecido a él». Pero no se olvidó el egipcio del favor, que habia recibido, y partiéndose para Alejandría, y volviendo de nuevo á Roma en tiempo de Clemente VIII, en una oracion latina que hizo en presencia de él y de muchos Cardenales y Prelados, refirió los favores que habia recibido la primera vez que estuvo en Roma, y se detuvo en recordar principalmente lo ocurrido en su enfermedad.

Por la eficacia de las oraciones del Santo recobraron tambien la salud y la vida Lorenzo Cristiani, beneficiado de S. Pedro, y Bartolomé Fugini, romanos, pues habiendo recibido ambos la Estremauncion y perdido el habla, acudió el Santo al primero, penitente suyo, que estaba ya espirando, y haciendo dos veces oracion con su palpitacion de costumbre, poniéndose al fin de pié, dijo con la seguridad que se le comunicaba al hacer oracion: «Lorenzo no morirá por esta vez». Acercándose luego al enfermo, dijo: «Lorenzo»; á cuya poderosa voz, obedecida no solo de los moribundos, sino aun de los muertos, abrió los ojos el enfermo, y reconociéndole le respondió. Mandó entonces el Santo que le llevasen de comer, y al punto desapareciendo la fiebre con admiracion de todos, quedó enteramente sano. Llegó á poco el médico, llamado Pedro Crispo, y encontrándole bueno esclamó en alta voz: «Esto es un milagro»; pero cesó su asombro cuando supo que habia estado allí Felipe, por lo que no pudo menos de decir: «No es estraño, porque el padre Felipe es un Santo». El segundo era penitente del P. Angel Velli, y segun los médicos no podia llegar á la mañana siguiente. Estando, pues, la tarde anterior varios Padres con Felipe, y entre ellos el confesor del enfermo, le preguntó el Santo por la salud de este, y al oir el juicio de los médicos se volvió á los otros, y les dijo: «¿Queréis que muera ese jóven?» y respondiéndole todos á una: «Querémos que viva, si es posible», esclamó con tono de autoridad: «Que viva, pues. Rezad por él cinco veces el

Padre nuestro y el Ave-María, y Dios nos ayudará». Y en efecto, bien pudo esperimentar el enfermo la eficacia de las oraciones de Felipe y sus hijos, pues al mandar por la mañana á saber de su estado el P. Angel, no solo no habia muerto, segun el pronóstico de los médicos, sino que estaba completamente bueno.

Guiado seguramente Felipe por interior impulso del cielo, despues de haber asistido á vísperas con sus hijos en la Minerva, preguntándole á donde queria ir á pasear, para darles un entretenimiento honesto, dijo que hácia el Pópulo. Y en efecto, entrando al paso en el hospital de Santiago de los incurables, encontró á uno que habiendo perdido el uso de los sentidos estaba ya con la lámpara y la tablilla que suele colocarse á la cabecera de los moribundos. Poniéndose á orar por él en compañía de sus hijos y asaltándole la palpitacion del corazon, he aqui que manda que incorporen al enfermo en la cama, y con asombro de todos vuelve en sí á pesar de que ya estaba espirando; mandó entonces Felipe que al punto le diesen de comer, y en seguida se

retiró con los suyos para proseguir su camino. Habiendo ido á la mañana siguiente á ver al enfermo, le encontraron enteramente sano.

Pero aun se conoció mas el divino impulso que le guiaba para la salud de un alma, cuando al entrar en el hospital de Santo Espíritu acompañado de muchos de sus hijos espirituales, les dijo: «Vamos á donde quiere el Señor;» y dirigiéndose hácia el lugar en que estaban los heridos, añadió: «No sé lo que siento en el corazon que me dirige allí;» y acercándose al lecho de un enfermo, á quien no conocia, se halló que estaba próximo á espirar. No habia podido este confesarse oprimido por la fuerza del mal, por lo que compadeciéndose el Santo de su situacion rogó por él. Poniéndole despues la mano en la frente le llamó, y obediente, no sé si el enfermo, ó la enfermedad, á su poderosa voz volvió en sí, y empezó á hablar: y aunque por sus oraciones no recobró la salud del cuerpo, consiguió la del alma, pues que tuvo tiempo para confesarse dando muestras de contricion verdadera y recibiendo á su Majestad. Finalmente, habiéndole dado la santa Uncion, entre

humildes gracias á Dios por los inmensos beneficios que habia recibido, como el decia, por medio de las oraciones de Felipe, espiró tranquila y devotamente. Semejante beneficio pidió él en sus fervientes ruegos para Bertino Riccardi de Vercelli, quien acometido de una fiebre maligna perdió al punto la cabeza. Conduciale á grandes pasos al sepulcro la terrible enfermedad sin haber dispuesto de sus cosas y sin haber recibido los Sacramentos, cuando le visitó el santo Padre, el cual se puso á orar por él, con lo que al punto recobró el enfermo el juicio, se confesó y recibió la comunion de mano del Santo. Dispuestas de este modo las cosas de su alma, pudo despues hacer su testamento, terminado el cual, volvióle con mas furia el frenesí y á poco espiró, despues de recibir la Estremauncion.

Mas no solo en las tentaciones sino tambien en los otros varios trabajos que suelen esperimentarse en el mundo, fueron admirables los efectos de su eficaz proteccion. Julio Petrucci, caballero noble de Sena, hallándose oprimido de una grandísima afliccion, se fué á confesar con el Santo, por tener un gran

concepto de su virtud y no menor esperanza de conseguir el alivio de su pena. No fué necesario mas que referirla y en el mismo punto se sintió libre de todo su pesar, quedando tan obediente á los dictámenes de su direccion, que siempre fué asistente á los ejercicios del Oratorio, hasta que con virtuoso ejemplo acabó su vida. Cuando Sisto V fué elevado al solio pontificio, se levantó una enemistad mortal entre Bernardo Cotta y Gerardo Carraci, boticarios de Roma, sobre quién habia de serlo del Papa; y de sus resultas se exasperaron tanto que remitieron la decision á la muerte, resolviéndose á matarse el uno al otro. Tenia Gerardo una hermana llamada Antonia, y sabedora del inminente peligro que corria su hermano, se fué muy afligida á ver al Santo, y postrada á sus piés le rogó que impidiese aquella desgracia. Felipe manifestó hacer poco caso de la súplica y solo la respondió: «Basta; vete á casa, y no dudes que serás consolada.» Fuése luego á decir misa, y Antonia á oirla, y volviendo á su casa, halló que su hermano estaba ya en posesion de aquel cargo sin que hubiese habido contienda alguna, antes á sa-

tisfaccion de su contrario. Cuando Gerardo supo lo que habia pasado con su hermana y Felipe, no pudiendo contener las lágrimas de alegría, le dijo: «Yo siempre lo he tenido en opinion de Santo y por tal lo tendré eternamente.»

A mas de los gravísimos daños que causa el juego en el alma, es tambien voraz incendio que abrasa y consume la hacienda. Mucha habia perdido en él Juan Bautista Mañani, camarero secreto del Papa Gregorio XIII, y la congoja de su pérdida lo habia arrastrado á la última desesperacion. Encontrólo S. Felipe en la calle Corte Savella, y aunque no lo conocia ni le habia visto nunca, le dió un golpe en la mano, y le dijo: «No os desesperéis, que Dios os ayudará. Quiero que os confeseis y esperimentaréis la divina gracia.» Llevólo á la casa de S. Gerónimo, oyóle su confesion, púsole la mano sobre la cabeza, y luego al punto se sintió el penitente con el corazon tan dilatado y el alma tan alegre que desde allí adelante no cesó de dar público testimonio de la santidad de Felipe.

Pero seria muy prolijo decir aquí todos los

prodigios que obró Felipe con sus oraciones; así que para concluir referirémos el siguiente hecho, que por sí solo basta para probar la eficacia y fuerza de aquellas. Juan Mansoli, á quien hizo emprender una vida ejemplar sacándole de la tienda de los Bonsignori, padecia en su avanzada edad de gota en las manos y piés, y no usaba de otro remedio que acudir al santo Padre, quien con solo tocar la parte enferma hacia que cesáran los agudos dolores. Habiendo pues llegado á la edad de setenta años, cayó enfermo con una fiebre contagiosa y flujos de sangre, en términos que desahuciado de los médicos recibió la Estremauncion, pasándose aviso á la Cofradía de *la Misericordia* para que al dia siguiente le llevase á la sepultura, pues ya habia perdido el uso de la lengua. Él empero antes de llegar á este estremo habia mandado á un sobrino suyo que fuese á ver al Santo y le dijese que mandára un Padre para que le encomendára el alma, y que enterrasen su cadáver en donde él dispusiera, encomendándose á sus oraciones. Hizo el Santo todo lo que deseaba Mansoli, pues que mandó á Matías Maffei para que le asis-

tiera, y él entre tanto pasó toda la noche en oracion con tanto fervor que no solo le alcanzó la salud, sino que tuvo revelacion de ello; y aun cuando á la mañana siguiente corrió la voz de que Mansoli habia muerto, el santo Padre dijo con toda seguridad: «Mansoli no ha muerto, ni morirá de esta enfermedad.» Despues llamó al mismo Maffei y preguntándole por el enfermo, le contestó, «que al volver aquella mañana á su casa le habian dicho que era muerto.» Mas no por esto se convenció el Santo, y con la misma seguridad replicó: «No es así: Mansoli vive; vuelve pues y vé cómo sigue y haz de modo que le veas con tus mismos ojos.» Obedeció Maffei, y se encontró con que no solo no habia muerto, sino que estaba bastante bien. Por último habiendo curado (segun lo que Felipe le predijo algunos años antes de que cayera malo) sobrevivió al Santo. Eran en fin tan poderosas sus oraciones que él mismo decia: «Cuando hago oracion espero conseguir todo lo que pido á Dios.» Cuando le encomendaban un pecador obstinado, solia decir: «No dudeis; porque le socorrerémos con la oracion, y se

convertirá.» Y una cosa semejante sucedió (segun vimos en el cap. v) con aquel cajero del principal Banco de Roma á quien dijo; «Rogaré tanto por tí, que sin mas remedio habrás de enmendarte.»

CAPÍTULO XXII.

De las lágrimas de Felipe, y cómo siendo tan grande su devocion la comunicaba aun á los otros.

Añadiéndose al natural tierno y compasivo del corazon de Felipe la gracia, la profundidad con que penetraba los misterios divinos, y el fuego del amor y de la devocion, no es de admirar que se inundára en llanto siempre que se hablaba de Dios en su presencia, ó meditaba en las cosas celestiales. Fué como hemos dicho, devotísimo de la Pasion del Redentor, de la que, cuando le ocurria leer alguna parte, ó hablar de ella, particularmente en la Semana santa, se le veia derramar abundantes lágrimas. Leyendo una vez la Pasion en la misa, se sintió arrebatar de tal modo que aunque hizo lo posible por dis-